

COLECCIÓN
ÁRBOL DE LUZ



Versos otoñales

Pedro Guzmán Reyna

Versos otoñales

COLECCIÓN 
ÁRBOL DE LUZ

Versos otoñales
Pedro Guzmán Reyna

Primer Premio Estatal de Literatura
para el Adulto Mayor
Categoría: Poesía



Versos otoñales

© Pedro Guzmán Reyna

Primera edición 2013

ISBN: 978-607-8222-40-7

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales

Directora General del

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Jurados:

Arturo Castillo Alva

Baudelio Camarillo

Carlos Acosta

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)

Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101

Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

*Dedico la presente obra a todas las fuentes
que me sirvieron de inspiración:*

*las humanas y las de la naturaleza,
las que todavía viven y las que ya se fueron,
las reales y las imaginarias,
las presentes y las pasadas,
las de la tierra y las del cielo.*

Prólogo

“Tú has guardado el buen vino para el final”, estas palabras dichas en el pasaje bíblico de San Juan con relación a las bodas de Caná de Galilea, bien pudieran aplicarse a quienes escribimos estando en el otoño de nuestras vidas. Quien ha llegado a esta etapa es porque ya ha superado las anteriores, es decir, la primorosa y florida primavera y el bullicioso verano.

Pudiera decirse que es la etapa propicia en que estamos tratando de perfeccionar nuestros propios hechos de los años pasados en los cuales solíamos vivir muy de prisa, y ahora tratamos de hacer las cosas de manera diferente, no tanto para quedar bien con los demás, sino para sentirnos bien y en paz con nosotros mismos.

El vino, mientras más añejo es mejor, suelen decir los conocedores del purpurino líquido. No sé si mis poesías sean buenas o malas, pero sí sé que han pasado la prueba del tiempo y de las circunstancias. Han estado almacenadas por muchos

años esperando el momento oportuno para salir a la luz. Son como las hojas de un calendario que van marcando, no solamente los meses y los años, sino también las décadas, y, aún más, van marcando el ritmo y los colores de mi propia existencia.

Muchas gracias a quienes hacen posible editarlas. Muchas gracias a quienes se toman la molestia y a veces el sacrificio de leerlas. Y mi admiración a quienes tengan la osadía de compartirlas, declamarlas y aún memorizar alguna de ellas.

Pedro Guzmán Reyna

Versos otoñales

¿Por qué en los sentimientos, yo me pregunto,
pasan cosas que pasar no deben?
Si atrapas la alegría, en tus manos muere,
si la dejas ir, uno es el difunto.

A pesar de todos mis esfuerzos
no logro aquietar mi alma inquieta,
pues, habiéndome tocado ser poeta,
gozo y sufro al escribir mis versos.

Ya hace tiempo que busco, Dios lo sabe,
un cofre en que guarde mis recuerdos,
de tal manera que, al volver por ellos,
no pueda encontrar con prontitud la llave.

Al venir al jardín de los amores
otra vez compruebo con nostalgia,
que aspiré de lejos fragancia
sin cortar ninguna de las flores.

Tengo una deuda que no he pagado,
y que nunca pagaré como es debido.
Soy como la abeja, en tal sentido,
que muere al dejar su aguijón clavado.

“Déjalo ir al cielo del olvido,
—es el consejo que da un poeta—
si no fue ese tu amor, jamás regresa,
si en verdad lo fue, volverá a tu nido”.

La voz de la nostalgia

Hay en las cámaras de mi vida
un gran vacío.

Una tristeza amarga
invade los estantes de mi corazón,
donde antes hubo canto y alegría.

Oigo una suave melodía
que cada vez se pierde
en los pasadizos del recuerdo.

Todo está solo y triste.
Nada más queda el eco de una risa
que también se desvanece
como parvadas de jilgueros
hacia la brisa.

Una imagen que se esfuma
paulatinamente
entre la bruma del pasado
se lleva también
el perfume de la alegría,
y va quedando un extraño aroma
de melancolía.
¡Qué silencio tan frío

se aproxima hasta mi estancia!
Ya el calor se pierde
también en lontananza.

He gritado.
He pedido auxilio.
¡No te vayas!
Pero sólo me responde
la voz de la nostalgia.

El poema que no puedo escribir

Hay un poema
que huye a toda inspiración humana.
Un poema que no puedo escribir,
que no sé cómo escribir.
Porque vive escondido
en la naturaleza de las cosas
que se ven,
y en las que no se ven.

Ese poema es un ave
con sus alas extendidas
surcando con majestad
el azul celeste.
Es una torre de cantera
que viaja eternamente
sobre el tapiz azul del cielo,
siempre en sentido contrario
al de las nubes.

Es un parque de cantera.
Es un arco de cantera gris,
y rojo, y verde.

Es un poema hecho de cantera
que se retuerce
con el viejo estilo barroco
ya muerto también.

Por eso no lo puedo escribir.
Porque vive escondido
en la materia impenetrable
de las cosas corpóreas
e incorpóreas.
Porque vive dentro de una fuente
de aguas saltarinas
que se pasan el día aplaudiendo
al silencio del verano moribundo.

No lo sé escribir
porque está adentro de una campana
de cobre verdoso.
Ese poema es el badajo
que la hace cantar
y danzar a la vez.
No lo puedo escribir
porque vuela juntamente
con la voz metálica de la campana
hacia alturas inalcanzables.

He tratado de atraparlo
pero siempre llego tarde.
Sólo deja un aroma sutil
que se pierde en la llanura
de un vago recuerdo.

Lo he buscado,
en la lozanía de mi juventud,
en los años de mi esperanza,
pero ya no está.
Se ha ido.

Me he encontrado con otros poemas
pero no con el mío.
Se ha ido para siempre.

Sin embargo,
he de seguir buscando
aunque bien sé que nunca podré escribirlo.
Porque ese poema mora en las cosas ya idas.
En la flor que ha cerrado sus pétalos
para siempre.
En la música
que ha emprendido su vuelo
hacia la penumbra del recuerdo.

Ese poema,
que se escurre en los laberintos
de la nostalgia,
nunca lo podré escribir.

Madre sierra

Fuertes tus brazos, hechos de piedra,
protegen celosos a tus hijos de carne.
Y en la noche estrellada, cuando todos duermen,
vigilas, serena, las horas que pasan,
como una Madona que alguien pintara
en un lienzo azul, profundo, infinito,
en el cual se perfila tu rostro de santa.

Valles, montañas, cumbres y dehesas,
se van dibujando en tus faldas, enhiestas.
Son, como una ninfa que peina
sus crespos cabellos en forma de trenzas.

Tus mil senos pródigos brindan
manantiales de vida.
Arroyos y ríos se deslizan
como fuentes de leche que, inagotables,
a los cuatro horizontes salpican.

Madre sierra, Sierra Madre.
Contemplas altiva desde altos parajes
el ir y venir de la vida humana.
Tus cordilleras son los encajes
que llevan de adorno

las orlas suntuosas
de la Eternidad.

Al alma angustiada, al ser agitado
que busca un escape del mundo ficticio,
el valle fértil de tu seno tierno
es plácido oasis,
es bálsamo fresco,
es un reflejo del Edén perdido.

Madre y virgen, igual que María,
también tú guardas en tu corazón
arcanos secretos, ignotos misterios
que al hombre imperfecto
no le es dado saber.

Y en estiajes lóbregos, y en otoños yertos,
del río de la Peña que bendice San Marcos
a tus peregrinos
les das de beber.

Juventud

Por la ancha avenida de la nostalgia
veo que te alejas, oh, juventud.
Quiero ver tu rostro y me das la espalda
dejándome en medio de amarga inquietud.

Pasas cual sombra ante mí, perplejo,
como una burbuja que al éter se va.
Te alejas, princesa, y el mismo recuerdo
te lleva del brazo cual un edecán.

Te llevas las flores, buqué de fragancia,
que aspiramos juntos en sin par vergel.
Tu esbelta figura, allá en lontananza
se diluye en la bruma del pasado infiel.

Así vas, ángel de ensueños,
flotando en la niebla del tiempo falaz,
al ritmo de acordes, de marchas y arpegios,
y un cáliz de llanto por tu chambelán.

De pronto te vuelves y el adiós me dices
alzando tus brazos en forma de cruz.
Basta un destello de tus ojos grises
para nunca olvidarte, oh, juventud.

El ruiseñor

El ruiseñor ya no cantaba.
Se acurrucó en el valle de terciopelo gris
y se cobijó con la noche moteada de diamantes.
Ya no cantaba.

Por sus ojos lánguidos
se asomó un vacío inmenso
de incertidumbre,
de tristeza, quizás.

Entonces se acercó la rosa
que ante sus ojos abría los pétalos
de su sonrisa ingenua.
El ruiseñor la miró
y aprendió a sonreír también.
Probó los néctares dulcísimos
que escurrían de su corola
y empezó a cantar de nuevo.

La noche se adormeció.
Por el éter se dispersaron
miles de cantos
como pétalos de una flor
esparcidos por el viento.

Me olvidaré

Me olvidaré, al fin, de mi bien amada.
Sí, quiero olvidarme ya de sus formas
y de aquellas fantásticas hazañas,
como en los libros de historietas.
Mas, ciérrese el canto con níveas pastas
sin volver de nuevo para abrirlas.

Me olvidaré de su figura esbelta
y de su andar con ritmo y con cadencia.
Me olvidaré, en fin, de su belleza,
que hace latir mi corazón con fuerza
y que inspira a mi alma de poeta.

Ya no quiero ser huésped del ficticio
sentimiento, dinámico y sin sosiego.
Aún las letras se oponen al objeto,
pues si ella escribe en castellano un verso,
ya escribí otro tanto en latín y en griego.

Me olvidaré, aunque quede en el recuerdo
la esencia pura de su ser garboso.
Aunque la aluda la rima y mi pecho
y me grite: ¡cobarde!, el sentimiento.
Sólo estar en paz, es mi deseo,
y lo demás, ¡que se lo lleve el viento!

Muñeca de porcelana

Es tu cara
una azucena
que ha sido retocada
con los rayos de la luna.

Tu cabello
es de la noche la espuma
salpicada de aerolitos.

Tienes por boca una flor
que no se marchita nunca,
ni su color se borra,
ni su perfume se esfuma.

Tus ojos
son una miel
repartida en sendos cálices.
Y en el cielo de tu frente
mil pensamientos vuelan,
todos con alas de amor
como las que hay en tus cejas.

Sostiene a tu rostro de ángel
el pedestal de tu cuello,
y a tu vestido de seda
el sol lo adorna de encajes.

Si no fuera porque estás hecha
de porcelana y no de carne
diría que en tus venas llevas
perfume de rosas en vez de sangre.

En secreto

He de caminar en la noche oscura
buscando una estrella en el firmamento
y platicar con ella mi amargura
en secreto.

Al sentir su mirada diamantina,
y ahogándome en suspiros de mi pecho,
seré feliz, porque sé que ella me mira
en secreto.

Seguiré sonriendo, aunque por dentro llore,
en tanto que contemplo desde lejos
una sola flor, sin que la corte,
en secreto.

Y al sentir que a mi ser consume
el néctar agridulce del recuerdo,
de esa flor conservaré siempre el perfume
en secreto.

Así, sedienta mi alma por la gota de agua
cristalina que brota en el desierto,
seguiré buscando sin poder hallarla
en secreto.

Santa

Santa

como el tálamo celeste
donde los querubes desfilan;
como un mismo querube,
como la virgen María.

Pura

como el cielo zafirino
de una mañana de abril;
como gotas de rocío
en las flores de alhelíes.

Dulce

como azúcares que brillan
en los campos de Galaad;
como mieles que destilan
los nectarios del maná.

Bella

como el rostro de una gema
donde el sol se vuelve espuma;
como una fuente serena
donde se mira la luna.

El mirlo y la rosa

Y el mirlo llegó otra vez
aleteando de alegría,
a besar la rosa roja
en el morir de ese día.

Por años le había dado
la esencia de su vida,
el néctar que sólo da
una rosa exquisita.

No sabiendo el desdichado
la trama ya prevista,
al acercarse a la flor
sintió en su pecho la herida.

Y, gimiendo de dolor,
emprendió veloz la huida,
queriendo limpiar la sangre
que de su alma no salía.

Hoy, el canto que lleva el mirlo
es una letanía
y en su pecho tiene aún
clavada aquella espina.

Esa roja flor

Esa roja flor
que exhala fragancia pura
como aliento de primavera.
Prístina novia del sol
que en las mañanas de junio
sangre de luz le inyecta.

Esa roja flor
de purpurina belleza,
de irresistible candor,
que danza en los brazos del viento
y que sólo respira amor.

Esa sublime flor
donde el rocío del invierno
sus lágrimas cristaliza.

Esa flor llena de brisa.

Esa roja flor
traviesa y coqueta.
Esa bella flor...
es tu sonrisa.

Los cisnes de cristal

Dos cisnes de cristal
en la alacena guardados
parecen querer nadar
juntos los dos hacia el lago.

Las miradas de sus ojos
brillantes y cristalinos,
se fijan el uno al otro
con romance indescriptivo.

El uno es bello y garboso,
como las flores de mayo;
sumido parece el otro
en el mundo de los bardos.

Quien tenga imaginación
sabr  que en esa obra de arte
hay algo más de valor
que dos sencillos cristales.

E, imaginando un idilio,
hasta se antoja pensar
que el amor se haya escondido
en dos cisnes de cristal.

Cuatro flores

Cuatro flores tengo en mi florero,
todas sonriendo a la luz del alba.
Cuatro flores que son como sueños,
como suspiros que exhala mi alma.

Es la gladiola una flor amarilla
que va asomando su cara inocente,
en su capullo parece una niña
durmiendo y soñando plácidamente.

El crisantemo es muy vivaracho,
como irradiando rayos de sol,
los pétalos que hay en su regazo
son un derroche de inspiración.

Un corazón palpitante y rojo,
desbordante de amor es el clavel.
Cuando yo lo miro pienso que tiene
la misma sangre que corre en mi ser.

Y, la margarita, como la luna
tiene el encanto de una mujer.
Es, entre todas, la novia pura,
la novia que siempre yo quise tener.

Los funerales de la ilusión

¿Me preguntas que de dónde vengo?

Vengo de los funerales.

Hace un rato, junto a la calle,

murió mi ilusión, yo la maté.

¿Me preguntas que cómo fue?

Bueno, cierto, tuve mis ayudantes,

fueron los versos, la mente;

fue mi espíritu;

en fin, fue mi ser.

Absorto en estos mundos

la descuidé.

Yo mismo cargué su cuerpo inerte,

y mis ojos

ni una lágrima dejaron correr;

porque, cuando una ilusión muere,

no hace más que fecundar con su muerte

los albores de otro extraño amanecer.

Si quieres buscar su cadáver, ¡búscalos!,

pero no lo hallarás.

Sólo encontrarás una frase:

“la ilusión que hoy muere
apenas nació ayer”.

Hoy tuvo lugar el cortejo fúnebre.
Entre las negras sombras del anochecer
yo cargaba su cuerpo lentamente.
Le dejé una corona en su frente,
ella, me dejó un beso en la sien,
que aún no quiere borrarse.

Así que,
vengo de los funerales,
mi ilusión murió,
yo la maté.

Las hojas secas

Las hojas secas del pálido invierno
ruedan taciturnas, sin rumbo fijo;
llenas de quejas, reproches y llanto,
y de sinsabores,
y desatinos.

Las hojas, que antes fueron verdes,
y que cantaban al son del viento,
haciendo eco al ruiseñor.
Esas hojas hoy no tienen sangre,
ni cantos de alegría
ni voz
ni corazón.

Hojas secas que van hacia el olvido
como almas peregrinas,
¡cuánta alegría han dado
y cuánta vida!
Hojas que hoy son suspiros
y notas secas de una letanía.

¡Qué tristes deambulan esas hojas,
secos recuerdos de horas felices!
Y yo voy caminando también tras ellas,

pues algo me dice
que mi inspiración se acaba;
que la tinta de mi alma
se está secando;

que es mi vida ahora
una triste hoja de invierno;
una hoja fugaz que se pierde
en la densa niebla del tiempo.

Sin rumbo fijo van
llorando las hojas secas.
Y yo,
con mi alma marchita por el pesar,
voy caminando también tras ellas.

A una gaviota

Eres, gaviota, un pensamiento
volando fugaz sobre dos alas.
Idea ambiciosa que es arrullada
entre la brisa y entre el viento.

Flotas en medio del cielo y el mar,
cual un pedazo de blanca nube;
tienes por alas las de un querube
en las que viaja la libertad.

Erguido tu cuello hacia el infinito
es tu anhelo alcanzar el futuro.
Eres un sueño inocente y puro,
un sueño de amor, un sueño bendito.

Vuela, gaviota, en la luz del sol,
sin que las olas del mar te espanten.
Eres del triunfo la misma imagen
y de un poema la inspiración.

Flor de mayo

Radiantes de elegancia, los cerezos
despliegan su primor, llenos de encanto;
y una chiquilla, jugando entre ellos,
también parece una flor de mayo.

Las gotas cristalinas de la lluvia
de perlas saturan su cabeza,
y es toda esa angelical criatura
la estampa viva de la inocencia.

Luciendo su vestido, caprichosa,
de múltiples colores estampados,
es como una frágil mariposa
que vuela entre las flores de los campos.

Viendo a esa niña de gracia llena,
que juega y que canta sin desmayo,
quisiera que todos los meses fueran
como este primoroso mes de mayo.

El barandal verde

Ayer pasé frente al barandal
de color verde,
que ya no es verde,
hoy tiene un tono amarillo,
como el del sol en el ocaso.

La buganvilla que vi crecer
junto a la ventana
diez años atrás,
hoy cubre toda la fachada
de la casa.

También el alegre canario
que le cantaba al alba
en el otoño estéril,
abandonó su jaula,
y hoy ocupa su lugar
un guacamayo.

Y en la alcoba
donde antes una niña
cual flor de mayo sus labios
y ojos como el mar,
cantaba con el piano

el “arrullo” de Brahams,
hoy una joven madre,
sin brillo en sus ojos,
sin expresión en su faz.

Edipo moderno

Esgrimió el hombre su espada de hierro
y con saña,
iracundo y soberbio,
la clavó en las férreas entrañas
de su propia madre la Tierra.

El sol desde el cielo observaba
día tras día la lucha siniestra.
Las aves cantaban un triste concierto.
Y el mar, testigo del crimen,
dejó escapar también su lamento.

Pero el soldado
no flaqueaba en su empeño.
Al fin asesino
del aire, del sol,
del agua, del cielo,
hundía su cuchillo.
Hijo de Caín que también salió al campo
con su semblante decaído,
quería ver brotar la sangre
la negra sangre del subsuelo.
¡Y lo logró!
Por fin las venas terráneas

cedieron
dejando escapar a raudales
su sangre de muerto.

Una fuente macabra
se dibujó entre el cielo y la tierra.
Salpicó al mar
y lo envenenó.
Murieron los peces.
Las aves murieron.
Los otros hombres lloraron
ante el acto siniestro
del Edipo moderno.

El matricida, arrepentido,
cayó de rodillas,
pidiendo perdón
elevaba sus ojos hacia el cielo negro.
Y sin soltar de su mano
el arma asesina,
quiso sanar la herida
que a la tierra
en su costado había hecho.

Un triste adiós

Se dijeron adiós en aquel invierno.
El farol de la callejuela,
taciturno, dibujó sus siluetas;
y la noche, después de un suspiro,
guardó silencio reverente.

Se dijeron adiós,
no de palabras,
porque éstas no afloraron.
Se dijeron adiós con los ojos,
se dijeron adiós con las lágrimas.

Los astros también lloraron
allá en lo alto del cielo;
entrecerraron sus ojos
y dejaron caer
sus lágrimas de fuego.

Se dijeron adiós
casi sin verse;
temían que al hacerlo
surcaran la barrera de lo prohibido.
Temían vencer al querubín

que con su espada de lumbre
guardaba el paraíso.

Fue un triste adiós.
Fue un grito de moribundos.
Fue un suspiro de dos almas.
Un amor que se le prohibió vivir,
o que nació para enterrarse vivo.

Él y ella se alejaron
por caminos opuestos.
¿Qué destino quiso unirlos?
¿Qué dios? ¿Qué genio?
¿Qué numen? ¿Qué ángel
del cielo o del infierno?

La noche cerró sus brazos.
¡Qué silencio de luto guardaba!

Allá, a lo lejos, la montaña
envió su aliento helado.
Cayó el rocío del cielo
y besó la tierra.
Todo era reverencia
cuando se dijeron adiós
en aquella noche santa.

A una hada

Tú, que siempre me visitas
en lo febril de mis sueños,
haciendo latir, en mi pecho,
mi corazón, tu recuerdo.
Que vas conmigo a todas partes
sólo con el pensamiento;
que a la magia de tus ojos
se cumplen mis deseos.
Tú, que avivas a cada instante
el fuego que llevo dentro.
Que alivias mi dolor;
que comprendes mis anhelos.
Vuelve a brillar en la estrella
que me observa desde el cielo;
sigue dejando el perfume
en el ámbito del tiempo.
Tu voz yo quiero escuchar
llamándome desde lejos.
Quiero sentir otra vez
de tu mirar ese fuego;
y, ante el néctar de tu hechizo
quedarme yo sin aliento.
Cuando en éxtasis me hablas
yo no sé si vivo o muero.

Hermana mía

Fruto de una obra maestra,
de unas manos divinas.
Rasgos que llevan el sello
perfectible del artista.
Hermana de las estrellas
y las fuentes cristalinas.
Hermana del sol y la luna,
hermana de la música.

Del alba eres hermana,
del diamante y la amatista;
eres hermana del mar,
también lo eres de la brisa.
Hermana de la nieve
en la montaña dormida;
de la mariposa ataviada
con lentejuela y chaquiras.
Hermana del arco iris.
Hermana de la sonrisa.

Vas tomada de la mano
de tu hermana la alegría,
y te pareces al viento
cuando solloza en la cima.

Hermana que sabes llorar
con el llanto de una niña.
Te confundes con la azucena.
Hermana de la poesía,
del dolor y el sufrimiento.
¡Hermana mía!

Poema al árbol

¿Que por qué con tanto esmero
te cuido como a un hermano,
y que hasta la hierba que crece
alrededor de tu tronco
la arranco con mis propias manos?

Si al momento en que nací
me arrullaste entre tus brazos,
pues la cuna en que dormí
de tu madera la hicieron,
y aún mantiene la huella
del hacha con que te hirieron.

¡Cómo no te he de cuidar,
si el columpio que mecía
los sueños de mi infancia
tus brazos lo sostenían!

¿Quién te enseñó a prevenir
el tiempo del crudo invierno?
Pues, en tus ramas secas,
mi madre halló los leños
con que hizo vivir el fuego
y coció los alimentos.

Fuiste sombra en mis veranos
y calor en mis inviernos.
Reíste en la primavera
con el cantar de los mirlos
que en la palma de tus manos
seguros hacían sus nidos.
Y lloraste, igual que yo,
de tristeza en los estíos.

El tintinear de tus hojas
me advertía de un fuerte viento.
Y al rayo que iba a partir
mi alma y todo mi cuerpo
con valor paternal llamaste,
y, al herirte el fuego del cielo,
fuiste antorcha, fuiste mártir.

Juntos vinimos al mundo
cada cual con su misión.
Y acabada la tarea
que Dios nos encomendó
volveremos a ser sembrados
como lo manda el ritual.
Tú, sirviéndome de mortaja,
yo, durmiendo en tu regazo
mi propio sueño inmortal.

El adiós a la metrópoli

Cuatro años hace en que por vez primera
en tus complejas entrañas me absorbiste.
Llegué con la cabeza baja y la mirada triste,
como llega el niño a su primera escuela.

Me hiciste despertar, y me dormiste;
y, estando ya en ese cruel letargo,
te pedí la flor sutil de mayo
y, al dárme la, con la espina aguda tú me heriste.

Entonces, cual fiel creyente arrodillado,
dejé que vertieras tu savia en mi cerebro;
mas, sin saber que tu savia era veneno,
fui resurrección y también desmayo.

Lo sabías, buscando gambusino el sacro cielo
me introduje por las puertas de tu historia,
no sabiendo que antes de probar la gloria
tendría que pasar las puertas de tu infierno.

Cierto, me diste triunfos y victorias,
a cambio de entregarte mis derrotas.
Cuando exhalaba el perfume de tus rosas
mi suspiro lo mezclabas con tu escoria.

Hoy te digo adiós y, al estar partiendo,
no intentes seducir mi confusa mente,
que si extraje un laurel para mi frente
también pusiste a mis espaldas cruel madero.

Si fuiste bendición, yo reverente
te agradezco inclinado a tus palacios;
si anatema fuiste, hacia el cielo raso
bendigo los laureles de tu muerte.

Adiós, deja que anhelosos mis pasos
dirija a la paz de la montaña.
Aunque vida me dieron tus entrañas,
no quiero perecer en tu regazo.

Lágrimas de poesía

Quiero llorar
pero no puedo.
Mis ojos han cerrado
sus fuentes de mar,
y en vez de lágrimas
lloro versos.

¡Cómo quisiera
llenar esta página con llanto!
Mas, mis ojos siguen secos.
He de conformarme
con seguir llorando
pensamientos.

¡Oh, qué sufrimiento!
Las lágrimas se han vengado
de la risa
negándose a brotar
a raudales
por mis mejillas.

¡Qué grande ironía!
Como reír no puedo
y llorar tampoco,
tendré que verter
lágrimas de poesía.

A una musa pequeña

Es tu voz

un concierto de flores
dirigidas por el viento
en tiempo de primavera.

Es tu risa

ensayo disparejo
de las aguas saltarinas
en la fuente azul de la plazuela.

Es tu canto

campanitas de plata
tintineando en octavas
una sonata regia.

Via Crucis

¡Qué gran conflicto están librando
al mismo tiempo mi cuerpo y mi alma!
El uno, vive un mar agitado,
la otra, paz y quietud reclama.

Y, en medio de ese fragor intenso,
mi yo se queda atrapado ahora.
¡Vive, goza!, grita mi cuerpo;
¡Medita y reza!, mi alma implora.

Así, sumisa, por este mundo
la cruz de oprobio mi alma lleva;
y, entre anatemas, y entre perjuros,
viene mi cuerpo también tras ella.

Mi amigo el piano

Siempre que estoy triste
ya mi amigo me está esperando
en un rincón de la sala
con su capa escarlata de príncipe,
como un viejo solitario.

Él me recibe en su pecho de madera.
Yo me deajo caer sobre él
y le cuento mis penas.

Luego, pulso sus teclas,
y al contacto de mis dedos
me responde con su voz sonora.

Si yo río, él también ríe.
Si lloro, también llora.
Si guardo silencio, él calla.
Ora un *allegro vivace*;
ora más *moderato*;
aquí un *andante*,
allá un *adagio*.
Y así paso horas enteras
platicando mis penas
con mi amigo el piano.

Vuelve, poeta

Sí, vuelve,
y ven a plasmar tu luz,
tu luz pálida
de tu alma gélida.

Vuelve a poner el matiz de tu acuarela
sobre la conciencia insípida
de la vida que se extingue
como cera.

Vuelve en alas de la mariposa inquieta;
en el beso tierno que transforma;
en la flor que crece entre las peñas;
en el ave solitaria
que al cielo gris adorna.

Exequial

Se desprendió el espíritu
y voló
hacia insondables regiones,
dejando inerte a su amigo y compañero.
Los amigos del muerto se lamentaron
al ver tal separación
y lloraron amargamente.

Pero la Tierra,
que no era ajena al acontecimiento,
entreabrió sus vestiduras,
y cual madre cariñosa
que por años esperase
a su hijo ausente,
lo acogió en su seno,
lo enterró en su vientre.

Porque ella,
fiel nodriza
de edades sempiternas,
que en sus entrañas lleva fuego
y sobre sus faldas nieve,
le da lo mismo
dar a luz vida
que recibir muerte.

Amado Nervo

Fuiste un heraldo para tu tiempo,
y sigues siéndolo todavía,
pues no cesa de escucharse el eco
de tus cantares y tus poesías.

Vibra en tus versos tal sentimiento,
y es tan preclara tu imaginación,
que ni un artista con pintura en lienzos
pudo a la vida pintar mejor.

Quien no haya leído de tus poemas,
no diga que sabe la ciencia de amar.
Quien no haya tomado de tu “gratia plena”
no diga a la vida: “estamos en paz”.

Yo mismo confieso, Amado Nervo,
igual que a Kempis, el asceta triste:
“ha muchos años que estoy enfermo,
y es por los libros que tú escribiste”.

Sacrilegio

Contaban los aldeanos
del Valle mexicano
que:
Vivía en cierto pueblo
un hombre muy piadoso
con las virtudes de un santo.

Divino celo de San Pablo
y de San Pedro espíritu casto,
se encerró en el aposento
de un viejo monasterio
sin más compañía en su recinto
que la de una virgen de yeso
quien le miraba de soslayo.

“Virgen bendita, madre del Verbo
—rezaba así el monástico—
líbrame, te lo ruego,
de caer en los lazos
de las mujeres. Que Eros
se aparte de mí. De lo contrario
habré de morir. Que si el sexo
pudiera más que mi voto,

levántenme, lo juro,
levántenme muerto”.

¡Qué hombre tan santo!,
se decían los del pueblo.
Hasta el mismo párroco
pensaba en nombrarlo
ante el Vaticano
como un candidato
a santo patrono.

Los días siguieron pasando.
Y el triste beato
continuaba encerrado
en su aposento,
siempre clamando,
siempre rezando
a la virgen de yeso
que le miraba de soslayo.

Un día, las cosas cambiaron.
El penitente, ya enfermo,
creyó ver un brillo en los ojos
de la virgen, un brillo raro.
Observó su cabello blondo
y también sus labios.
Contempló todo su rostro

que como un crisantemo
de marfil pálido
se abría ante sus ojos
llenos de espanto.

Los días así continuaron.
Ya no clamaba el loco.
Se acabaron los rezos
y también los votos.
Miraba tan sólo
a aquel rostro regio.

¡Entonces la deseó!
Y con alma y cuerpo deshechos,
clamando perdón
y golpeándose el pecho,
a la imagen abrazó
y la cubrió de besos.

Afuera, los parroquianos
escucharon gritos lastimeros,
llantos desesperados,
blasfemias y ruegos.
Y, luego...
todo quedó en silencio.

—¡Es el santo! —se dijeron
los que en derredor
se habían congregado.
Y al punto
la puerta de cedro
derribaron.

—¡Sacrilegio! —exclamaron
casi al unísono
cuando lo vieron
tirado en el suelo,
con la virgen de yeso a su lado
que le seguía viendo de soslayo.

De ahí lo sacaron,
entre perjuros y rezos,
con sus ojos en blanco,
con sus dedos crispados,
y ya sin aliento
ni pulso en sus manos.

¡Había muerto de amor
el desdichado!

A un perrito de peluche

Perrito de peluche,
mirada tan dulce,
semblante tierno.
¿Por qué te saqué de tu estuche
a que te hiriera mi invierno?

Estabas ahí, quietecito,
en un paraíso de ensueño,
y eran tus ojos abiertos
el reflejo del firmamento.

Te arrullaba mi canto de niño
que aún guardaba en mi pecho.
Y, en ese arrullo infantil
aprendiste a sonreír,
siendo tu ingenua sonrisa
un arcoíris entre dos cielos.

Mi perrito de peluche se va,
se lo lleva la primavera,
se va con el sol de mayo.
Y con él se van los poemas,
el perfume de los nardos,
y también el violín y el piano.

Perrito de peluche,
mirada tan dulce,
semblante tierno.
¿Por qué te saqué de tu estuche
a que te hiriera mi invierno?

Índice

Prólogo	11
Versos otoñales	13
La voz de la nostalgia	15
El poema que no puedo escribir	17
Madre sierra	21
Juventud	23
El rruiseñor	24
Me olvidaré	25
Muñeca de porcelana	26
En secreto	28
Santa	29
El mirlo y la rosa	30
Esa roja flor	31
Los cisnes de cristal	32
Cuatro flores	33
Los funerales de la ilusión	34
Las hojas secas	36
A una gaviota	38
Flor de mayo	39
El barandal verde	40
Edipo moderno	42
Un triste adiós	44
A una hada	46
Hermana mía	47

Poema al árbol	49
El adiós a la metrópoli	51
Lágrimas de poesía	53
A una musa pequeña	54
Via Crucis	55
Mi amigo el piano	56
Vuelve, poeta	57
Exequial	58
Amado Nervo	59
Sacrilegio	60
A un perrito de peluche	64

Versos otoñales
Pedro Guzmán Reyna

Este libro se terminó de imprimir el 31 de mayo de 2013,
se empleó la fuente Garamond a 14 y 12 puntos.

Se utilizó papel cultural.

Su tiraje fue de 500 ejemplares.

Siempre creí que era
un perseguidor de sueños
hasta que caí en la cuenta
de que eran los sueños
los que me perseguían a mí.
Entonces, quedé atrapado
entre la fantasía y la realidad,
y así sigo hasta el día de hoy.

Pedro Guzmán Reyna



Tamaulipas
GOBIERNO DEL ESTADO

CONACULTA



Tamaulipas
ESTADO FUERTE PARA TODOS